

Corrupción de mayores

No es fácil saber cuándo empezó, porque los fenómenos sociales son lentos y, además, no resultan visibles hasta que han alcanzado una extensión considerable. Creo que lo que llamo *corrupción de mayores* se engendró hacia 1960, y dio su cosecha pública unos cuantos años después. Pero ha tenido antecedentes, dentro de límites más reducidos, en otras épocas.

Por ejemplo, en España tuvo un primer brote a raíz de la guerra civil. Se inició entonces una adulación de los mayores a los jóvenes combatientes victoriosos -y por extensión, a los jóvenes sin más, aunque no hubiesen sido combatientes ni victoriosos-. Los ¡profesores que habían sobrevivido a la muerte, el exilio, la jubilación y la depuración se sentían inseguros. Sus credenciales frente al régimen imperante solían ser dudosas. Varias espadas de diversos Damocles pendían sobre sus cabezas. Pero la situación de los nuevos profesores recién nombrados, con pocas excepciones, no era muy diferente, salvo en que su temor no era político, sino científico: estaban seguros de su «adhesión al régimen», pero no de su ciencia. Y se sentían en condiciones precarias en la cátedra. Si se repasa lo que los adultos-incluso muchos respetables- han dicho y escrito sobre los jóvenes desde 1940, se siente un poco de sonrojo; y no es posible dejar de pensar que esa adulación, esa facilidad concedida sin exigencia, es responsable de que el nivel de las últimas generaciones no sea más alto.

La *corrupción de mayores*, sin embargo, se afianza y generaliza unos veinte años después. Se trata, por tanto, de otros jóvenes (y, además de aquellos mayores, de otros incorporados a sus filas). Comienza entonces un nuevo temor: al desacuerdo, a la descalificación. Pocos se atreven a que los jóvenes digan que están viejos, que son «reaccionarios», que pertenecen a otra época. La cosa empieza muchas veces por los raijos. Se producen sucesivas promociones *de padres amedrentados*, empezando ¡por su propia condición. Como la palabra «paternalismo» es de las más denostadas, una especie de pecado sin remisión, casi nadie se atreve a ejercer-menos a proclamar- *su paternidad* (que es otra cosa).

Se parte de que se debe ¡ser «tolerante» con los hijos, y se termina por no atreverse a discrepar de sus deas, gustos, conductas. Creo que la tolerancia con los hijos debe ser muy grande -y el cariño, aún mayor-, pero no se me ocurriría nunca confundir a un hijo con cualquier cosa que se le pase por la cabeza (o por otros lugares), tal vez con lo ¡que alguien le ha dicho y ha aceptado sin mayor re-

flexión, con lo que ha leído en alguien de mínimo interés, con una reacción personal que probablemente rectificará unos meses después. Creo que los padres tienen el deber de mostrarse a sus hijos como son, dé presentarles la muestra directa e inmediata de lo que es un hombre o una mujer de la generación a que pertenecen, con su visión del mundo, sus convicciones, sus estimaciones, su moral personal. Desde todo ello deben abrirse a la comprensión de todo lo demás, pero sin mimetismo, sin esa tendencia al «travestido generacional» que ha llenado nuestro mundo de figuras ridículas -empezando por el aspecto externo-, que lo ha convertido en un fatigoso carnaval sin imaginación y que dura ya casi un cuarto de siglo.

El temor a los hijos, a los amigos de los hijos, a los hijos de los amigos, a los alumnos, hace estragos. Ha introducido una ola de inautenticidad de abajo arriba, esterilizadora, porque no se puede hacer nada interesante desde fuera de uno mismo. Cuando se suplanta la personalidad propia por otra, en el fondo *impuesta*, no se puede esperar nada.

Esta es la razón de que en tantos casos hombres que *han sido inteligentes* dejen de serlo. Sería interesante ver desde qué fecha tal autor ha dejado de escribir libros o artículos estimables; cuándo ha hablado o escrito mirando con el rabillo del ojo para ver si aquello, «estaba bien», iba a ser admitido por la nueva clientela.

Hay autores que no se atreven a reeditar sus mejores libros, porque creen que no están de moda, que van a defraudar a los jóvenes a los que han adulado, de los que creen haberse hecho estimar fingiendo que son lo que no son. Otros los reimprimirán, pero los adoban, aderezan y maquillan para adaptarlos a los que esperan que sean sus lectores. Los hay que reniegan de sus anteriores devociones -que podían lindar con la veneración- y hacen, para la galería, caricaturas de ellas; y hacen alarde de despego e indiferencia. Todo ello contando con la poca lectura, la mala memoria y la discreción de los que tienen algo más de ambas.

No anda el mundo tan sobrado de figuras de talento como para permitirse el lujo de que se suiciden antes de llegar a la edad de la decadencia. La pavorosa crisis intelectual que padecen casi todos los países tiene múltiples causas, pero una de las principales es este fenómeno. Haga el lector las cuentas de aquellos autores en los cuales *ha dejado de esperar*, con los cuales contaba para orientarse y ver con claridad, o lograr la belleza, y se encuentra, tal vez sin pensarlo mucho, con que no se le presentan esperanzadamente en su horizonte. Añádase a esto los que se retiran, los que no tienen ánimo de disfrazarse, pero no tienen tampoco ánimo suficiente para exponerse a la descalificación, y desaparecen de la escena, con grave pérdida para ellos y para los demás.

Para los demás, sobre todo, porque quedan privados de lo que podían seguir dando, de su realidad, de su ejemplo. Con lo cual no quiero decir que sean «ejemplares», sino que son ejemplo de una manera de ser, un punto de vista, de una perspectiva, insustituible como las demás. Los jóvenes son los más afectados, porque se les hurta en su plena eficacia el instrumento capital de la *herencia his-*

tórica, que es lo que distingue al hombre del animal. La presencia de los *contemporáneos* que no son *coetáneos* es el mecanismo del avance, de la innovación en que la historia consiste. Si esto falta, si los hombres y mujeres de una generación adoptan miméticamente la figura de otra, pierden toda su eficacia, dejan de ser un estímulo, un elemento decisivo de la formación de las siguientes.

Y lo más melancólico es que la corrupción dé mayores se vuelve contra los que se dejan corromper. Los jóvenes se dejan adular, se divierten un poco con los que les dicen «sí» a todo, fingen estimarlos, pero en el fondo sienten desprecio por ellos, no les parecen *de verdad*.

Y cuando han pasado unos pocos años, cuando han dejado atrás las vigencias que no son ni siquiera de su generación, sino simplemente de *su fase juvenil*, cuando encuentran que lo que les parecía interesante no lo es, en esa rectificación envuelven a los que lo habían aprobado, fomentado, adoptado a des-tiempo, y los olvidan.

El paso siguiente es -o *será-pedirles cuentas* de no haberles dado lo que tenían que darles. En el caso de padres e hijos, la cosa es patente: unos hijos encuentran que *han tenido padres* -mejores o peores, modestos o egregios-; otros sienten que *sus padres han dimitido*, que en definitiva los han dejado solos. En el conjunto de la sociedad, a última hora se vuelven los ojos a quien es *alguien*, porque en él se encuentra la realidad; y no se perdona fácilmente el haber dejado sólo el hueco de sí mismo.